unieron á Jesucristo para siempre. Algunos pasos mas adelante vió el Salvador á otros dos hermanos, que con su padre Zebedeo remendaban sus redes; intimóles á los dos que le siguiesen; su obediencia fué tan perfecta como pronta, y habiendo dejado sus redes y á su padre en la barca, no se separaron ya de Jesucristo.

El sábado siguiente, estando el Hijo de Dios en Cafarnaum, fué á la sinagoga: no es fácil decir con qué admiracion fué escuchado en ella; porque, como dice S. Marcos, instruia como un hombre que tiene autoridad, y no como simple doctor: hablaba Jesus como maestro; y mientras que cada uno le escuchaba como un oráculo, llegó á la puerta un hombre poseido del demonio, y comenzó á gritar diciendo: «¿Qué tenemos que ver contigo, Jesus de Nazareth? ¿has venido para destruirnos? Yo sé que tú eres el Santo de Dios, el Mesías, déjanos en paz.» Entonces Jesus le amenazó, y le dijo: «Calla, y sal de ese hombre;» y habiendo arrojado al demonio el poseido en medio de la asamblea, salió de su cuerpo sin hacerle mal alguno. Habiendo sido testigo toda la ciudad de esta maravilla, corrió muy pronto la fama de él por todo el país.

§. XIX.

Nuevos milagros.

A cada paso se admiraba un nuevo milagro. Al salir de la sinagoga entró en casa de Simon Pedro; encontró á su suegra peligrosamente enferma, y en el mismo momento la dió una salud tan perfecta, que se levantó y les sirvió la comida. A la caida de la tarde, y luego que hubo pasado la solemnidad del sábado, acudieron á la puerta de la casa un número prodigioso de enfermos y poseidos que habian venido de las cercanías á solicitar de él el alivio en sus miserias. Impúsoles Jesus á todos las manos, y todos volvieron á sus casas con una salud perfecta. Al otro dia al amanecer habiéndose retirado solo á un lugar desierto, le advirtieron sus discípulos que una multitud de gente le buscaba para tener el consuelo de verle y de oirle. En efecto, inmediatamente vió llegar aquella multitud hambrienta de su palabra; les consoló, les instruyó, y despidiéndoles despues, les dijo que no habiendo sido enviado para un pueblo solo, era preciso que fuese á anunciar el reino de Dios, esto es, la nueva ley y los caminos de la salvacion á otros muchos. Dejando, por fin, á Cafarnaum, recorrió la Galilea predicando, curando los enfermos, resucitando los muertos, librando los poseidos, haciendo bien por donde

40.

quiera que pasaba, y dejando ver en todas partes el carácter de Hijo de Dios y de Mesías.

Habiendo llegado, á su vuelta, cerca del lago de Genesareth se halló de tal modo oprimido por la multitud que le seguia, que se vió obligado á entrar en la barca de Simon Pedro, desde la cual enseñaba al pueblo: habiéndole despedido, dijo á Pedro que avanzase á un paraje mas profundo, y que echase sus redes al mar para pescar: «¡Ah, Señor! le respondió Pedro, toda la noche nos hemos fatigado, y nada hemos podido coger; pero pues que tú lo mandas, echaré la red en tu nombre:» y habiéndolo hecho, cogieron una cantidad tan grande de peces que se rompia la red, y fué necesario que los que estaban en la otra barca viniesen á ayudarles; jamás se hizo pesca tan abundante, en términos que cuasi se iban á fondo las dos barcas por lo que se llenaron. Sorprendido Pedro á vista de esta maravilla, se echó á los pies de Jesus, y poseido de un trasporte de amor, de humildad y de respeto, esclamó: *Alejaos de mí, Señor*, santo de Dios, omnipotente Señor de toda la naturaleza, *porque soy un pecador*. (*Luc.* 5.) Complacido Jesus á vista de este sentimiento de humildad, le dijo: «No temas, porque, como ya os he dicho, de hoy en adelante no serán peces los que pescareis, sino hombres; y esta pesca, de la cual esta es la figura, será enteramente prodigiosa. Todos los que han venido antes de mí, han trabajado toda la noche en vano; solo vosotros y los que yo enviaré tienen el poder de ganar á Dios á todo el mundo.» De este modo formaba el Salvador á su discípulo para hacerle la cabeza visible de su Iglesia, de la cual eran figura esta barca y esta pesca; y por esto, á lo que parece, advierte el Evangelista que era la barca de Pedro, sin hacer mencion de su hermano Andrés, de Santiago y de Juan sus compañeros.

Pocos dias despues habiendo visto un leproso al Salvador, se postró delante de él, diciéndole: «Señor, si quieres puedes librarme de mi lepra.—Quiero, respondió el Salvador, sin esperar mas larga deprecacion; quiero, queda libre,» y en el momento quedó todo su cuerpo sin mancha alguna.

Estando Jesus de vuelta en Cafarnaum, no bien se supo que habia llegado cuando toda la casa se llenó de gente: hallábanse allí muchos fariseos y doctores de la ley, que habian venido de Jerusalen para oirle. Apenas habia empezado á hablar cuando se vió comparecer á sus pies un paralítico, que traido por cuatro hombres, y no habiendo podido penetrar por medio de la multitud, habian determinado subirle á lo alto de la casa y descolgarle, como lo hicieron, con su cama por el techo: admirando

Jesus su fe, dijo al paralítico: *Hijo mio, tus pecados te son perdonados.* (*Luc.* 5.) Escandalizáronse los escribas y los fariseos que estaban presentes. «¿Quién es este hombre que blasfema? decian entre sí; porque ¿quién sino solo Dios puede perdonar los pecados?» Viendo Jesus su pensamiento: «Para haceros ver, les dijo, por la curacion de este hombre paralítico, que tengo poder para perdonar los pecados, y que me es tan fácil decir tus pecados te son perdonados, como decir á un hombre baldado de todo su cuerpo, levántate y echa inmediatamente á andar; á fin, pues, de que sepais que tengo este poder, que verdaderamente no pertenece mas que á Dios, como vosotros lo creeis: *Levántate,* dijo al paralítico, *yo te lo mando, toma tu cama y márchate á tu casa.*» Levantóse, en efecto, el hombre, cargó su lecho sobre su espalda, y se fué á su casa, publicando las grandezas de Dios, y tributándole mil acciones de gracias. Apoderóse entonces de todos el asombro á vista de un hecho tan maravilloso, y cada uno esclamaba: «Un hombre que puede perdonar los pecados, y que para probar este poder cura á nuestra vista un paralítico, no puede menos de ser el Cristo Hijo de Dios.» Este milagro no se publicó solamente en el país: esparcióse muy pronto la fama de él por toda la Siria, y de todas partes venian á él en tropas.

Como crecia la miés, era menester aumentar el número de los obreros: Mateo, por sobrenombre Leví, era un publicano, esto es, recaudador ó encargado de los impuestos que los romanos exigian de los judíos, profesion muy desacreditada en toda la Judea; habiéndole visto el Salvador sentado en su despacho, le dijo que le siguiese; al instante se levantó Mateo, dejó á los subalternos su empleo, todo lo abandonó por seguir á Jesucristo, y á fin de hacer pública su conversion le rogó que fuese á comer á su casa. Todo es leccion, todo es misterio, como ya se ha dicho, en la vida de Jesucristo: este divino Salvador para hacer ver que habia venido especialmente por los pecadores, aceptó este convite, comió en casa de su nuevo discípulo, y se dignó consentir que le acompañasen muchos publicanos. Los fariseos no pudieron menos de escandalizarse; Jesus lo habia previsto, y oyéndoles murmurar de ello en alta voz, les dijo, que no tenian necesidad de médico los que estaban sanos, sino los enfermos: *Sabed, pues*, añadió, *que no son los justos los que yo he venido á llamar á la penitencia, sino á los pecadores.* (*Luc.* 5.)

No obstante estas murmuraciones, la reputacion del Salvador se aumentaba todos los dias; en todas partes se hablaba con admiracion de la santidad de su vida, de la sabiduría de sus respuestas, de la pureza, de la sublime espiritualidad de su doctrina, del esplendor admirable de sus milagros, y todo el mundo confesaba que así como la luz del sol hace desaparecer en el lleno del dia todos los demás astros, así la santidad y las maravillas de Jesucristo borraban todo cuanto se habia presentado maravilloso y estraordinario antes de él. Pero lo que causaba la admiracion de todo el mundo, producia la envidia é irritaba la cólera de los sacerdotes, de los escribas y de los fariseos: esta raza de víboras, como les llama el Salvador (*Matth.* 23.), austeros, modestos, religiosos, á los ojos de los hombres, y en el fondo soberbios y llenos de hipocresía y de iniquidad, no podian ver sin enfado el evidente contraste que hacia la brillante santidad de la vida de Jesucristo con la disolucion y la irregularidad de la suya. El pueblo que conocia esta diferencia, les miraba ya con desprecio, y ellos no estudiaban mas que en ver como encontrarian un pretesto para desacreditar á Jesucristo en el concepto del pueblo. Parecióles, pues, una bella ocasion para exhalar su cólera y lograrlo un nuevo milagro que el Salvador obró en un sábado.

§. XX.

Curacion del paralítico de la Piscina.

Habiendo ido Jesucristo á Jerusalen para la fiesta de Pascua (era la segunda despues que habia comenzado su predicacion) entró en el lugar en que estaba la Piscina: era esta un depósito de agua cerca del pavimento del templo, en donde siempre habia un gran número de enfermos, que esperaban á que el ángel del Señor hubiese removido el agua, porque el primero que bajaba á esta Piscina inmediatamente despues del movimiento del agua, quedaba curado en el instante. Habia allí un paralítico que hacia treinta y ocho años que esperaba á ver si alguno le sumergia el primero, y no habia hallado hasta entonces una mano caritativa que le hiciese este servicio. Viéndole Jesus, se movió á compasion, y le dijo: «Levántate, toma tu cama, y marcha;» inmediatamente el hombre se levantó, tomó su cama y echó á andar. Como era sábado, clamaron algunos fuertemente contra la pretendida trasgresion del precepto; mas él respondió que el que le habia curado se lo habia mandado. No fué necesario mas para hacer un crímen al Salvador de un milagro que probaba tan visiblemente su santidad y su omnipotencia: los fariseos, sobre todo, indignados porque en toda ocasion el Salvador les des-

mascaraba, hicieron gran ruido, diciendo á voz en grito que el que hace un milagro en el sábado viola el precepto, y que el que viola el precepto de la ley no podia ser amado de Dios. El Salvador demostró la contradiccion de este raciocinio haciendo ver que Dios no podia aprobar la trasgresion de la ley con milagros; y aun se le ofreció muy pronto una ocasion para confundir todavía mas sensiblemente la malignidad de estos injustos censores.

Habiendo entrado un sábado en la sinagoga, se presentó á él un hombre que tenia una mano seca y baldada. Los fariseos y los escribas ansiaban por ver si en el dia del sábado se atreveria todavía á curar aquel enfermo. Viendo Jesus lo que pensaban en su corazon, hizo acercar á aquel hombre, y dirigiéndose á aquellos malignos censores, les preguntó si era permitido hacer curaciones en el sábado. No atreviéndose ninguno á responder, les dijo Jesus: «¿Hay alguno entre vosotros que si en el sábado se le cayera una oveja en una hoya, no la sacase? ¿pues como os atreveis á negar que sea con mas razon permitido en este dia el hacer bien á su prójimo?» Despues haciendo acercar á aquel pobre hombre: «Estiende tu mano,» le dijo: la estendió, en efecto, y quedó tan sana como la otra.

Hallándose otro sábado en la sinagoga, vió una mujer á la que el espíritu maligno tenia tan encorvada diez y ocho años hacia, que no podia ni aun levantar la cabeza. Habiendo hecho Jesus que se acercase: «Mujer, la dijo, estás libre de tu enfermedad;» é inmediatamente quedó enderezada. Indignado el jefe de la sinagoga de que Jesus hubiese hecho esta curacion en sábado, dijo al pueblo con un tono áspero y destemplado: «Seis dias hay en la semana para el trabajo; venid, pues, á curaros en cualquiera de ellos, y no en el sábado en que está prohibida toda obra servil.» El Salvador todavía mas indignado por una amonestacion tan fuera de propósito: «Hipócrita, dijo, dirigiéndose al jefe, ¿quién de vosotros no saca del establo su buey ó su asno para llevarlos á beber en el sábado? ¿y esta hija de Abraham á la que, como veis, tenia Satanás como ligada diez y ocho años hacia, no seria lícito, segun vosotros, desatarla el dia de fiesta?» Este discurso, dice el Evangelista, cubrió de vergüenza á todos sus enemigos, al paso que todo el pueblo daba muestras de su alegría, y publicaba con admiracion sus maravillas.

Con motivo de estos milagros declaró Jesus positivamente que él era el Hijo de Dios, igual en todo á su Padre. «El Hijo, dijo en plena sinagoga (*Joan.* 5.), no puede hacer nada por sí mismo, él no hace mas que lo que ve hacer á su Padre, y todo lo que hace su Padre lo hace él tambien; inferid, pues, de aquí si lo que él hace puede ser reprensible: sabed que el Padre ama á su Hijo, que le comunica todas las cosas que él mismo hace, y que se las comunicará mayores que estas, á fin de que las admireis; porque así como el Padre resucita los muertos y les vuelve á la vida, así tambien el Hijo da la vida á quien quiere; el Padre no juzga á nadie, pero da al Hijo el poder para que todo lo juzgue, á fin de que todos honren al Hijo, como honran al Padre: por lo demás, el que no honra al Hijo, no honra al Padre que le ha enviado. En verdad os digo, el que oye mi palabra y cree á aquel que me ha enviado, tiene la vida eterna, y no incurre en la condenacion, sino que ha pasado de la muerte á la vida. Viene el tiempo, y ha llegado ya, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la hubieren oido recibirán la vida (habla en este lugar el Salvador de la conversion de los pecadores y de los gentiles); porque como el Padre tiene la vida en sí mismo, así tambien ha dado poder al Hijo para que la tenga en sí mismo. No os sorprenda esto; porque se acerca el tiempo en que todos los que están en el sepulcro oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hubieren hecho buenas obras resucitarán para vivir; en lugar de que los que las hubieren hecho malas resucitarán tambien, pero para ser condenados á la muerte. Por lo demás, si yo solo doy testimonio de mí, podria mi testimonio no pareceros legítimo; pero hay otro que da testimonio de mí, y yo sé que digo verdad. Vosotros habeis enviado á Juan, y él ha dado testimonio á la verdad: sin embargo, no es de este hombre de quien yo recibo testimonio; yo tengo un testimonio superior al de Juan; además de que las obras que hago testifican bastante que soy enviado del Padre; el Padre mismo que me ha enviado, ha dado testimonio de mí. Leed con atencion las Escrituras, y hallaréis que todo lo que ellas han dicho del Mesías, todo se cumple en mí. No penseis que soy yo el que debe acusaros delante de mi Padre: teneis otro acusador, y es el mismo Moisés en quien vosotros esperais; porque si creyeseis á Moisés, acaso me creeriais tambien, puesto que de mí es de quien ha escrito todo lo que leeis.

«Vosotros os escandalizais de que yo haya curado los enfermos en el sábado (*Matth.* 12.), y de que mis discípulos, acosados del hambre, hayan arrancado algunas espigas en sábado, para proveerse de algun ligero alimento con sus granos, desgranándolas y restregándolas en sus manos. (*Marc.* 2.) ¿No habeis leido que David hallándose en necesidad, comió los panes que se habian ofrecido al Señor, aun cuando esto no estuviese per-

mitido á los legos? Los sacerdotes mismos, y los demás ministros en el templo, ¿no violan el reposo del sábado en las diversas funciones de su ministerio? Si, pues, la ley que prohibe todo trabajo en este dia, no mira á los sacerdotes que están ocupados en servicio del templo, mucho menos todavia mira á mis discípulos, á quienes la necesidad de seguirme, y su aplicacion á las funciones evangélicas, les impiden el proveer á su necesidad con antelacion al sábado. Ciertamente yo soy mucho mas que el templo; sabed, pues, que yo soy el Señor de la ley del sábado, y que puedo dispensar en ella del mismo modo que dispensa mi Padre.»

§. XXI.

Hace Jesucristo la eleccion de los doce Apóstoles.

A la verdad no podia Jesucristo á lo que parece declarar mas positivamente, ni en términos mas claros, que él era el Mesías prometido, el Hijo de Dios, que era Dios igual en todo á Dios su Padre, ni probarlo mas invenciblemente que por los milagros que hacia en confirmacion de esta gran verdad: todo el mundo lo comprendió muy bien, pero esta gran verdad no hizo el mismo efecto en el ánimo de todo el mundo: los fariseos, los sacerdotes, y los doctores de la ley, preocupados siempre con su falsa idea del Mesías, en lugar de reconocerle en la persona de Jesucristo, salieron de la asamblea con el corazon mas indispuesto que nunca contra él; y desde entonces abandonados á su pasion juraron perderle. Conociendo el Hijo de Dios su mala voluntad, se retiró hácia el mar de Tiberiades, seguido de una multitud innumerable de enfermos, á todos los cuales les dió la salud sobre la marcha: despues habiéndose retirado solo con sus discípulos á la montaña, eligió doce á quienes dió el nombre de apóstoles que significa enviados, delegados, porque los destinaba para predicar su Evangelio por todo el mundo, y para llevarle á todas las naciones de la tierra. (*Luc.* 6.)

Estos doce primeros ministros, por decirlo así, de Jesucristo, de los cuales era S. Pedro la cabeza, fueron Simon, por sobrenombre Pedro, Andrés su hermano, Santiago y Juan hijos del Zebedeo, Felipe y Bartolomé que se cree era Nathanael, Tomás y Mateo, Santiago hijo de Alfeo, y Judas su hermano llamado Thadeo, Simon el cananeo, y Judas Iscariote, que despues entregó al Salvador. Tales fueron los primeros operarios que Jesucristo eligió para conquistarle todo el universo, para ser las columnas incontrastables de la Iglesia y la luz del mundo, todos gentes groseras, tímidos, ignorantes, de talento oscuro, de corazon cobarde y enteramente material; gente pobre, sin educacion, sin letras, sin nombre; todos sacados de la hez del pueblo: y estos hombres tan despreciables, tan pobres, tan ignorantes, han convertido á la fe á todas las naciones, han conquistado para Jesucristo á toda la Grecia, á todo el imperio romano, á todo el universo, y todas estas maravillas las han hecho en el solo nombre de Jesucristo, sin armas, sin auxilios, sin apoyo, sin salir jamás de su estado humilde, pobre y abyecto; y todo esto predicando una doctrina superior á todas las luces de la razon, y una moral del todo opuesta á las inclinaciones naturales del corazon humano, enemiga de los sentidos, y enteramente contraria á los deseos del amor propio. Imaginemos si es posible una prueba mas convincente, mas irrefragable, mas patente de la divinidad de Jesucristo, y de la verdad de la religion cristiana.

Cuando el Salvador bajaba de lo alto de la montaña con sus apóstoles y muchos de sus discípulos, uno de ellos le pidió permiso para ir á dar sepultura á su padre, esto es, para irle á asistir en su vejez, y hacerle los últimos obsequios en su muerte: *Sígueme*, le respondió Jesus, *y deja á los muertos que entierren á sus muertos; por lo que hace á tí, ve á anunciar el reino de Dios.* (*Luc.* 9.) Por el término *muertos* entendia el Salvador en un sentido figurado las gentes del siglo; bella leccion para las personas religiosas, que viven aun atadas a los lazos de la carne y de la sangre: no es menos instructiva la que sigue. Habiéndole dicho uno de sus discípulos: «Yo os seguiré, Señor, pero permitidme antes desprenderme de lo que hay en mi casa,» le respondió Jesus: *Ninguno que pone mano al arado, y mira detrás de él, es apto para el reino de Dios;* queriendo dar á entender por esto que para seguirle verdaderamente, es menester olvidar enteramente todo lo que uno era, y lo que tenia en el mundo.

Habiendo llegado el Salvador á la falda de la montaña, curó todos los enfermos que le esperaban en la llanura, á vista de la multitud infinita que allí se habia reunido. Como uno de sus principales cuidados era instruir y formar á los que debian ser la luz del mundo y la sal de la tierra, habiendo despedido á todo aquel pueblo, se retiró Jesus con sus discípulos á un lugar campestre, y habiéndose sentado allí sobre un cerro, y hecho que se sentasen en rededor de él, les descubrió los tesoros de la ciencia de la salud, y toda la santidad de su doctrina. Comenzó por enseñarles en qué consiste la verdadera felicidad, aun en esta

vida, bien persuadido que la inclinacion mas natural del hombre es el querer ser dichoso.

§. XXII.

Anuncia Jesucristo las bienaventuranzas en número de ocho.

«1.ª Bienaventurados, dijo, los pobres voluntarios, porque por la renuncia que han hecho de todo, es de ellos el reino de los cielos. 2.ª Bienaventurados los que tienen mansedumbre con todo el mundo, que lo sufren todo con paciencia, porque ellos poseerán la tierra de los vivientes, de la cual la tierra prometida no era mas que figura. 3.ª Bienaventurados los que viven en la afliccion, y se alimentan con el pan de lágrimas, porque sus lágrimas se convertirán un dia en una fuente inagotable de la mas pura alegría. 4.ª Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque en verdad que quedarán plenamente satisfechos. 5.ª Bienaventurados los que se ejercitan en las obras de misericordia, porque se usará con ellos de una gran misericordia. 6.ª Bienaventurados los que tienen el corazon puro, porque ellos verán á Dios, por la luz de una fe viva en este mundo, y por la luz de gloria en el otro. 7.ª Bienaventurados los pacíficos, porque gozarán ellos mismos de la paz del corazon, y Dios les tratará como hijos suyos. 8.ª Bienaventurados, en fin, los que sufren persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Sí, mis queridos hijos, continua el Salvador, estad persuadidos que nunca sereis mas felices que cuando fuereis mas maltratados de los hombres por mi amor; siendo el mundo enemigo declarado del Maestro, no lo será menos de sus discípulos. Yo os lo aseguro, todos los que quisieran vivir piadosamente, y conformes al espíritu y á las máximas de mi Evangelio, padecerán persecucion.

«La virtud será muy ejercitada en el mundo, continuó; miraránse las gentes de bien, como gentes inútiles é incómodas; se las tratará con desprecio, serán arrojadas de la sociedad, se las cargará de injurias; su reserva, su humildad pasará por tontería, su recogimiento por melancolía, su paciencia por estupidez; serán el objeto de las burlas, nada se omitirá para desacreditarlas, no se ahorrará ni aun la calumnia; pero sabed que con tal que sean fieles en mi servicio, disfrutarán de dulzuras inefables en todos estos ejercicios amargos de paciencia, y en medio de todas estas persecuciones injustas, y no habrá gentes verdaderamente dichosas sobre la tierra sino mis siervos fieles; al paso que los

disgustos, los llantos, la desesperacion, y la eterna ignominia, serán el patrimonio de los mundanos.» Despues, levantando la voz: «Desgraciados de vosotros, dijo, ricos del mundo, dichosos del siglo, glotones y disipados, porque despues de un puñado de dias pasados en una alegría falsa, tumultuosa, superficial, no os queda otra cosa que esperar sino una eternidad de desdichas.»

Hasta aquí el Salvador habia hablado para todos en general; luego dirigiéndose á sus apóstoles y discípulos en particular: «Por lo que hace á vosotros, á quienes yo puedo llamar amigos mios, acordaos, les dijo, que sois la sal de la tierra y la luz del mundo. El doctor debe preservar los pueblos de la corrupcion de las costumbres; ¡qué desgracia si él mismo llega á corromperse! él debe iluminar; ¡qué desdicha si esta luz sufriese algun eclipse! No sois vosotros los que me habeis escogido; soy yo el que os ha sacado de entre la muchedumbre, y os ha destinado para que vayais á dar fruto, y un fruto que dure por toda la eternidad. (*Joan.* 15.) Por lo demás, si el mundo os aborrece, sabed que yo he sido odiado antes que vosotros: si hubieseis sido del mundo, el mundo amaria lo que era suyo; pero porque no sois del mundo, y porque yo os he elegido en medio del mundo, por esto el mundo os aborrece. El siervo no es mas que su señor: si, pues, á mí me han perseguido, ¿os perdonarán á vosotros?

«Yo me alegro preveniros, que sereis perseguidos de todos modos por amor de mí (*Luc.* 21); se echará mano de vosotros, se os maltratará entregándoos á las sinagogas, aprisionándoos, llevándoos á la presencia de los reyes y ante los gobernadores á causa de mi nombre; y esto os sucederá, para que deis testimonio de mí en todos los siglos; sin embargo, no temais nada, y estad persuadidos que no teneis que pensar de antemano como debeis responder, porque yo os daré palabras y una sabiduría á la cual no podrán resistir ni oponer nada todos vuestros enemigos: todas las potestades de la tierra y del infierno se desencadenarán contra vosotros; sereis entregados por vuestros padres y vuestras madres, por vuestros hermanos, por vuestros parientes y por vuestros amigos; se creerá hacer un servicio á Dios en quitaros la vida; con todo eso, estad seguros que no se perderá ni un solo cabello de vuestra cabeza, yo sé su número, y yo tendré cuidado de vosotros. Os he querido prevenir, á fin de que cuando todo esto os sucediere, no os espanteis acordándoos de mi palabra y estando seguros de mi auxilio.»